

OFELIA



OFELIA

En la antigua historia de Dinamarca se lee que Horvendilo, yerno y sucesor de Rorico, comenzó á reinar en 1390, y fué víctima de la envidia y ambición de su hermano Fengo, quien le mató alevosamente, casándose á poco con Gerutha, antigua esposa de Horvendilo é hija de Rorico.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Gerutha, quiso vengar la muerte de su padre, y para mantener oculto su designio, fingióse loco. Fengo, á pesar de ello, tuvo sospechas de lo que pretendía, y procuró su muerte por diversos medios, aunque en vano. Hamlet, que había estado ausente, volvió á la corte de Dinamarca á tiempo que el rey daba un banquete. Hamlet em-

briagó á los grandes, puso fuego al palacio y atravesó al rey con su espada.

Esta crónica sirve de asunto, aunque con variaciones considerables, á la tragedia de Guillermo Shakespeare intitulada "Hamlet."

En dicha tragedia hay un personaje sumamente interesante por su juventud, su belleza, su sensibilidad y sus desgracias.

Este personaje es Ofelia.

Laertes, su hermano, va á partir para Francia; pero hace días que ha notado la afición de Hamlet hacia Ofelia, y en el momento de darle el abrazo de despedida, prodiga sus consejos á la amable é inocente niña: "Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarlo como una mera cortesanía: un hervor de la sangre una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece: hermosa, no durable: perfume de un momento y nada más.—"¿Nada más?".... replica Ofelia.

Esta escena puede considerarse como la exposición del drama terrible que envolverá en las redes de la desgracia á la tímida Ofelia. Su corazón se abre al amor por la primera vez:

admite gustosa los obsequios de Hamlet, y su hermano Laertes, con más conocimiento del mundo, trata de prevenirla; dícela que desconfíe del amor de Hamlet, que este amor es "perfume de un momento y nada más." Ofelia, que se resiste á creerlo así, pregunta en tono sencillo: "¿nada más?" ¿Quién al oír tal pregunta, como dice Moratin, duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet?

Este, entretanto, comienza á dar señales de su demencia fingida, y tal demencia es atribuida en la corte al amor que profesa á Ofelia. Copiemos algunas palabras de entrambos en una de sus entrevistas (acto III, escena IV).

Ofelia.—Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras, que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

Hamlet.—No; yo nunca te di nada.

Ofelia.—Bien sabéis, señor, que os digo verdad.... y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibílas; que una alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

Hamlet.—Yo te quería antes, Ofelia.

Ofelia.—Así me lo dábais á entender.

Hamlet.—Y tú no debieras haberme creído. . . Yo no te he querido nunca.

Así hiere Hamlet aquel corazón virginal: en seguida se aleja y Ofelia se lamenta á sus solas:—“¡Oh! ¡qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del Estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los más advertidos: todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento descordado, como la campana sonora que se hiende. Aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí, ¡Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo!”

Semejante acontecimiento influyó de una manera funesta en el ánimo de la joven; pero todavía la desgracia ama-

gaba con golpes más rudos á su debilitada razón: Polonio, su padre, era cortesano, y de acuerdo con el rey se esconde en la cámara de la reina, á fin de presenciar la entrevista de Gertrudis y de su hijo Hamlet: éste advierte movimiento en los tapices, tira unas cuantas estocadas, y saca arrastrando de los pies el cadáver de Polonio. Entonces Ofelia pierde el juicio. . . “Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas, en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz.” Entra en la alcoba de la reina, llena la falda de diversas flores silvestres, vestida de blanco, suelto el cabello, y con una guirnalda hecha de paja y flores: ríe, canta, se en-

tristece, ofrece á los circunstantes ro-
mero, trinitarias, ruda y margaritas:
diceles que bien quisiera darles algu-
nas violetas; pero que todas se mar-
chitaron cuando murió su padre: la
idea de esta muerte la preocupa, y
ella la deja traslucir en casi todos los
versos que canta.

“Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí;
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.

.....
Blancos paños le evstían
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

.....
Lleváronle en su ataúd
Con el rostro descubierto,
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.

.....
Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez.....

Su barba era nieve,
Su pelo también.

Se fué, ¡Dolorosa!
Partida! se fué.”

Al verla y oírla, exclama así su her-
mano Laertes:—“Por los cielos te jú-
ro que esa demencia, será pagada por
mi con tal exceso, que el peso del cas-
tigo fuerza el fiel y baje la balanza.
¡Oh rosa de Mayo! ¡amable niña! ¡mi
querida Ofelia! ¡mi dulce hermana! ...
¡Oh cielos! ¡Y es posible que el en-
tendimiento de una tierna joven sea
tan frágil como la vida del hombre de-
crépito?”

Poco se hizo esperar el fin desgra-
ciado de Ofelia: vagaba acá y allá, y
cierto día encaminóse á un riachuelo
en una de cuyas orillas había un cauce
que se retrataba en las cristalinas on-
das. Quitóse su corona de flores y qui-
so suspenderla en lo alto del árbol:
comienza á trepar él, trónchase una
de sus ramas, y cae en el río: como
ignorante de su desgracia, siguió su
curso un breve rato cantando trozos
inconexos de tonadas antiguas del
país; pero luego que el agua acabó de
empapar sus vestidos comenzó á luchar
con las ansias de la muerte y se ahogó.

Roa Bárcena.—20.

Cuando la llevan á sepultar, como se sospechaba que se hubiese suicidado, el sacerdote, eximiéndose de tomar el "requiem," dice: "Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonara la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y casco. No obstante eso, se le han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

"Dadla tierra, pues, contesta Laertes. Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves"....

Gertrudis entonces se acerca y esparce flores sobre el cadáver, diciendo: "Dulces dones á mi dulce amiga: Adiós. Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial.... pero no tu sepulcro."

Laertes maldice á aquél, cuya acción inhumana privó á Ofelia de la razón, y grita á los sepultureros:—"No.... esperad un instante, no echéis la tierra todavía.... No; hasta que

otra vez la estreche en mis brazos;" y arrójase á la sepultura. Hamlet, que estaba presente, exclama:

—¡Yo he querido á Ofelia!

¡Tardía confesión que no podía volver el juicio ni la existencia á esta desgraciada niña!

La tragedia de Hamlet, en concepto de Moratin, se halla obscurecida por graves defectos: escenas y aun casi actos enteramente inútiles al desarrollo de la acción: error de fechas y de distancias: impropiedad en el lenguaje de algunos de los personajes: disertaciones eternas y fuera de lugar: expresiones groseras que hoy son inadmisibles en el teatro; finalmente, la muerte inútil de varios de dichos personajes al tocar el drama á su fin, siendo así que bastaba el objeto que el autor se propuso, es decir, la venganza de Hamlet, con que muriese el rey Claudio, y á lo sumo, la reina, que estaba ya suficientemente castigada con sus remordimientos; pero en todo lo que se refiere á Ofelia, Shakespeare ha sido sumamente feliz; y ¡quién sabe si esta figura interesante habrá conquistado al escritor inglés la inmortalidad de su tragedia!

"La locura de Ofelia—dice el ilustrado poeta español—aunque nada sir-

ve á la acción principal, es un episodio que produce en la representación admirable efecto. No se caracteriza como la del príncipe, con bufonadas, ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet es fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel, llena su alma sencilla de aflicción, turba su entendimiento y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se va al campo y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin elección: con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte en otra sin hallar en nada placer: zollosa y ríe, se enfada tal vez; pero á nadie ofende: pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica y prorrumpe después, cantando versos que aprendió en tiempo más feliz; unos alusivos al estado de su corazón, y otros en que no se ve conexión ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda; á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le ve, no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran

pincel, que dió á esta figura toda la expresión imaginable.

¡Pobre Ofelia! Tratada con dureza por su antiguo amante, convencida de su despego, deplorando el extrayío de su entendimiento; tan joven, tan bella, tan sensible, perdiendo ella misma la razón á los repetidos golpes de la desgracia, ¿no parece Ofelia en el teatro de Shakespeare la personificación de muchas almas nobles, de muchos corazones ardientes acá en la tierra? ¿No les está reservado casi siempre el desamparo y la amargura en pago de sus esperanzas y deseos, como á la heroína del poeta inglés? ¡Pobres almas nobles y corazones ardientes! ¡Pobre Ofelia!

1853.